

Aun se enseña en los derruidos restos del castillo de Olmedo, un agujero en una torre que entre las gentes de país conserva el nombre del AGUJERO DEL INFIERNO.

El señor Ansurez hizo gran penitencia para reparar sus culpas: dió á las iglesias y monasterios todos los bienes mal adquiridos, hizo cerrar la torre maldita que ha-

monjas que ricamente habia dotado, y en el que murió en opinion de santidad.

Son muy frecuentes estas tradiciones de hechos portentosos en los siglos XIII y XIV, en que en casi todos los sucesos se hacia intervenir el poder directo del cielo ó del infierno, siglo de ignorancia empero en que ardía viva la fé,



La Santísima Virgen apareciéndose á Juan Pedro Ansurez.

bia servido de asilo al diablo. El caballero Ansurez volvió al ejército, peleó noble y valerosamente y murió sobre los muros de Baza al plantar en ellos el pendon santo de la Cruz.

Doña Sol se retiró á llorar su viudez y pedir por el descanso del alma de su querido esposo á un monasterio de

que produjo tantos y tan grandes monumentos religiosos y que hoy parecería su relacion una invencion de una imaginacion enferma si de padres á hijos no se hubieran transmitida como piadosas y verídicas leyendas.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

AÑO XIV. 21.

SEGUNDA SERIE.—1856

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA MONTAÑA DE LOS LEONES EN ORÁN.

El tío Jedda, el héroe de esta historia, habitaba una cabaña en las orillas del mar cerca de Cannes, en frente de las islas de Santa Margarita. Era un granadero, veterano del imperio, que al abandonar el servicio se había hecho cazador por afición á las armas. Había quemado tantos cartuchos en su vida, que se había vuelto completamente sordo; pero la escelencia de su vista suplía á la falta del oído, y era el mas hábil é infatigable cazador de la comarca. El ardor marcial que le lanzaba en otro tiempo contra los cosacos, le impulsaba ahora contra toda especie de caza. Descubría en las hojas secas, ó en las desnudas rocas, la pista invisible del jabalí; y la encontraba con un olfato maravilloso cuando la habían perdido los perros. Había cazado con grande éxito los gamos en los Alpes marítimos, y matado ciervos en los bosques de Esterel: no había pasado liebre alguna á tiro sin que pagase con su vida esta temeridad. En cuanto á los pájaros no hablemos de ellos: la ornitología provenzal no cita una raza de que no tuviese algunos ejemplares en su gabinete, entre los grises colmillos de los jabalíes, las doradas colas de las zorras, y las negras pieles de los osos. El perro del tío Jedda era un viejo gruñón: era un magnífico perro, Carnero, que después de haber recorrido todos los campos de batalla de Europa, se había vuelto perro de caza á fuerza de paciencia y de lecciones. Fiel é inteligente, como un perro de regimiento, había seguido las diferentes fases de la vida de su amo, y todo hacia creer que concluirían tranquilamente juntos, como Baucis y Filemon.

—¡Ay!

Sentado por la tarde delante de su cabaña, alrededor de la cual serpenteaba una corneja de presa clavada en la pared, el tío Jedda rodeado de jóvenes cazadores, y Carnero inteligentemente tumbado á sus pies, estaba hecho un Nembrod. Parecía decir á cada palabra: «he hecho mis doce trabajos, y descanso,» como aludiendo á los trabajos de Hércules. ¡Pobre y simple tío Jedda! tus bárbaros vecinos que el Africa envía á morir de nostalgia sobre las rocas de la Provenza, van pronto á destruir tus ilusiones y tu reposo. ¡Oye, oye esos sonidos guturales cuyo extraño eco te trae el viento! Cantan en las islas de Santa Margarita esta mañana. ¡Marchan todavía prisioneros que vuelven á su patria, ó es alguna distribución de *alcuzcuz*?

—¿Qué diablos tienen los beduinos esta mañana, tío Jedda? gritó un buen pescador al viejo cazador.

—¡Maldígalos Dios! Traen una barahunda infernal esos condenados. Dicen que son escelentes tiradores.

—¡Es posible! replicó el pescador con desden; pero ninguno de ellos sabe echar una red.

—No hacen mal, replicó el cazador: una buena perdiz ó una buena liebre valen por todas las pescas del mundo.

—Siempre volvemos a la misma canción, dijo el pes-

cadador. Pero no os incomodeis, tío Jedda. ¿Quereis venir á desayunaros á las islas? Vereis lo que significan esos gritos que parecen una borrasca de invierno.

El cazador dió un silbido á su perro, y se embarcó. Llegado á la isla se dirigió hacia el fuerte donde estaban encerrados los árabes. Un soldado de Africa hacia con los prisioneros el papel de intérprete, y salió al encuentro del tío Jedda, á quien conocía.

—Mi valiente granadero, llegad pronto y oid: es cosa que os toca.

—¿Qué es? dijo el tío Jedda con un tono medio importante y medio irónico. ¿Han cogido algún jabalí que haya venido á nado de las montañas de la Córcega?

—No, no, en Africa dejan cazar los jabalíes á los niños para que se diviertan: se trata de un leon.

—¿De un leon? replicó el tío Jedda con esplosion.

Volvieron á comenzar las voces, y se enteró Jedda de que efectivamente se trataba de la caza de un leon. Entonces volvió la espalda sin responder: su rostro se había alterado con lo que había oído. Volvió á su casa con un terrible acceso de cólera, y cogió para distraerse el periódico *La Argelia*, al que estaba suscrito el comandante de la isla y que el cartero dejaba ordinariamente en casa del cazador. Era el número seis de abril de 1846. El tío Jedda leyó lo que sigue:

UN MATADOR DE LEONES.

«Un joven, sargento en el cuarto escuadron de spahis, de Huelma, que se ha hecho célebre por su audacia y su intrepidez, acaba de conseguir sobre los anteriores, un nuevo triunfo digno de Nembrod.

«Este animoso cazador que en el mes de julio y agosto último mató dos leones, uno en el bosque de Archiona, y el otro cerca de Aing-Sefra, en el Coll de Aouda, ha muerto otro tercero el 2 de marzo en las inmediaciones de Greand. Gerardo es todo un joven de esbelta estatura, facciones finas, y lleno de energía. Ha nacido en el departamento de Var. El general Randon, comandante de la subdivision de Bona, ha regalado una escopeta de honor á este intrépido cazador. El duque de Aumale, á quien ha sido presentado Gerardo al paso del príncipe por Huelma le ha regalado igualmente una soberbia escopeta.

El tío Jedda estrujó con rabia el periódico, cuando entro sin poder echar el aliento uno de sus discípulos mas queridos.

—Maestro, ¿sabeis la noticia que hay?

—No; ni me importa: vete.

—¡Oh, oh! dijo obstinadamente el joven: es una cosa que os va á poner de mal humor. Figuraos que acabamos de leer en *El Tolónés*, un artículo que dice que un provenzal, casi un compatriota nuestro, mata en Africa los leones como vos matais aquí las chochas.

—¡Pero esto es una maldición! gritó dolorosamente el cazador. Márchate te digo ó te aplasto como un gilguero.

Marchóse el cazador. El único motivo plausible que encontró para justificar la cólera del maestro, fué la de: haberá errado algun tiro esta mañana, y está deshonrado.

El tío Jedda bajó á la poblacion y compró un mapa de Africa. Quedó cerrada la puerta de su cabaña todo el dia, y por la noche se vió brillar al través de las ventanas la lámpara de las veladas. Los pescadores llamaron á Jedda temiendo que se hubiese puesto malo. Les respondió que más había estado mejor; que no tenía ninguna necesidad de sus cuidados y asistencia.

Veamos lo que sucedía en la cabaña.

El tío Jedda se hallaba echado sobre un mapa de Africa, con los codos sobre la mesa, la cabeza y las manos; las sienes ardiendo; cual Napoleon soñando en el bloqueo continental. Buscaba desde por la mañana un nombre que aun no había encontrado, y su febril obstinacion en aquel trabajo tan extraño á sus costumbres imprimía á su sangre un estremecimiento nervioso que le hacía dar saltos sobre su silla. Por último, hácia la media noche le pareció salir de un funesto sueño. Dió una palmada como para aplaudirse de un descubrimiento, y llamó á su perro.

—Ven aquí, Carnero, ven aquí: mira sobre este mapa, y mira lo que acabo de encontrar en él. Y su dedo indicaba un punto de la costa septentrional de Africa, lo que llaman *Montaña de los leones*.

Carnero pasó su hermosa cabeza sobre el mapa, cubriéndolo entero con sus abundantes melenas. Despues miró á su amo con un aire que queria decir «no comprendo.»

—Mira, te digo: dentro de ocho dias verás esta montaña, y verás al primo Adriano que vendrá de Arzew, donde está establecido, para hacer parte de nuestra expedicion. Es uno de mis discípulos, y excelente tirador. He descubierto el plantel de los leones; y aun cuando cien veces debiera devorarme, necesito matar un leon. ¡Ah! señor Gerardo, me debeis la mitad de vuestra corona. ¡Veinte años hace que no he errado un tiro, y nadie habla de mí porque no he matado un leon! ¡paciencia!

Los inteligentes ladridos de Carnero fueron las únicas protestas que el tío Jedda vió levantarse contra su insensato proyecto; pero no las oyó, era sordo.

Escribió á su primo Adriano que viniese á encontrarle en Oran: despues tomó el camino de Marsella, y marchó para Orán acompañado de su escopeta de dos cañones, y de Carnero, por los vapores que hacen estos viages.

Dos dias despues de la direccion del sudeste descubrió la tierra al amanecer.

—¿Dónde estamos? preguntó el tío Jedda al piloto.

—En Mers-el-Kebir.

—¿Mers-el-Kebir? Pero si es á Oran á donde yo voy.

—Pues bien: Mers-el-Kebir y Oran es todo uno.

—Entonces, dijo el tío Jedda, parece que Mers-el-Kebir es el nombre árabe de Oran.

—Todos los franceses son mas ó menos beduinos hoy.

Dejados pronto deciros lo que es Oran, antes de que entremos en él con nuestro héroe.

La ciudad de Oran, cuya vista presentamos hoy á nuestros lectores, está cortada en dos por el Oued-el-Rahhi, barranco profundo por donde corre el agua todo el año. Se hallaba edificada sobre la vertiente de dos colinas, que son las que forman el barranco, y que están coronadas de hermosas fortificaciones españolas.

Oran es la primera poblacion de Argel: seria la primera hoy si la colonia hubiera sido inglesa. A la primera ojeada ofrece esa fisonomía que tienen todas las ciudades orientales, ostentando al sol su diadema de minaretes. Pero pronto pierde á los ojos del viagero que penetra en su seno ese prestigio de originalidad que el azul incandescente de su cielo le da.

Sus calles no tienen ni aun ese carácter de ciertas poblaciones españolas donde los moros han dejado tan gloriosos monumentos de su dominacion. En cambio de aquel lujo de arquitectura sarracénica que todavía se admira en España, los descendientes de Carlos V, señores de Oran, no han construido allí mas que fortalezas. Hállanse allí, en lugar de templos, murallas aspilleras que el temblor de tierra de 1790 hubiera destruido si no estuviesen construidas sobre la roca viva. Estos formidables trabajos de defensa han hecho, y hacen todavía de Oran un segundo Gibraltar, mas poderoso todavía que el otro en aquellos parages donde los vientos noroeste y nordeste dominan. Se ven alrededor de la ciudad largos caminos cubiertos, y galerías de minas. La *Nueva alcazaba*, donde el bey había establecido su residencia, y cuya puerta es una obra maestra de escultura; la magnífica mezquita situada cerca de las murallas del lado de la puerta principal, la catedral y algunos restos de los antiguos cuarteles son los únicos monumentos dignos de ser citados; á menos que no se consideren como monumentos los fuertes Bordj-el-Jodd, el de Santa Cruz, el Castillo Viejo, San Felipe y San Andres, el de Santa Teresa y el de la Mouna, que dominan la playa. Todo el resto no es mas que un monton de casas moriscas y españolas pobres y feas, en medio de las que la tristeza que inspira toda decadencia oprime el corazón. Las construcciones de los franceses que fueron allí, y que diariamente se multiplican, van bien pronto á cambiar el bastardo aspecto de la ciudad. En Oran, como en Argel, la piqueta del albañil abre profundas brechas, y nuevos edificios acabarán pronto la transformacion. La epidemia de la demolicion ha penetrado hasta en el cuartel judío á la parte oriental de la ciudad. Dentro de algunos años de paz, Oran quedará renovado, y de una colina á otra estará edificada toda la ciudad como lo están ya la *calle Napoleon* y la *plaza de Kleber*.

El Oued-el-Rahhi suministra bastante agua para alimentar muchos molinos y regar los jardines situados en el barranco que ocultan bajo el espeso follaje de sus naranjos, de sus bananeros, y de sus vigorosas higueras de Europa. Esta parte de la ciudad es la mas risueña y la mas alegre. Allí se ha construido el nuevo hospital militar en medio del verdor de los árboles, del perfume de las flores, y de la frescura del agua.

Esta hermosa y lozana vegetacion forma un feliz contraste con las áridas arenas de la bahía de Oran, en donde faltos de fondo y de abrigo no pueden venir á recalar los navíos, con las desnudas de Mers-el-Kebir (gran rada); en donde habíamos dejado, y donde encontramos ahora á nuestro tío Jedda, soñando en el estermio de la raza leonina.

Veámosle, pues, dejando los establecimientos de la marina, y caminando con paso resuelto por el camino de Mers-el-Kebir á Oran, camino que tanto oro y tantos sudores ha costado á la Francia. No sin religiosa emocion con-

templó el cazador aquel camino abierto á pico á una llatura considerable sobre el mar en la piedra viva de la playa. Mucho admiró los manantiales termales que brotan cerca de las olas saladas del golfo; y hallábase sumergido en un profundo éxtasis delante de la gruta por bajo de la cual pasa el camino y que dicen que es tan hermosa como la de Posilippo, cuando le dieron un golpecito en la espalda.

—¡Buenos días, tío Jedda!

—¡Primo Adriano!

Dos besos resonaron bajo la bóveda de la gruta: Carnero dió un ladrido de alegría al volver á ver al primo Adriano que tantas veces le habia llevado á correr liebres.

Media hora despues el primo Adriano y el tío Jedda se hallaban en la mesa desayunándose alegremente. El tío Jedda comia..... como un cazador, y se desquitaba del forzado ayuno que el mareo le habia impuesto.

—Muchacho ¿sabes lo que vengo á hacer aqui?

—Aguardo á que me lo digas, dijo gravemente el primo, que vió tomar al tío Jedda un aire de solemnidad que no habia visto nunca en él.

—¿No has olvidado mis lecciones?

—Al contrario, en las inmediaciones de Abd-el-Kader no puede uno menos de perfeccionarse en la práctica de despachar las balas por el camino mas recto.

—Bien, bien, siempre habia yo contado contigo. Vamos, entonces te dispondrás para una expedicion que vengo á hacer sobre tus tierras.

—¿Contra Abd-el-Kader? dijo el primo retrocediendo espantado.

—No se trata de Abd-el-Kader, dijo desdenosamente el cazador. Ademas, tú sabes que ya no estoy de servicio.

—¿Pues entonces?....

—Pues entonces, replicó misteriosamente el cazador acercándose al primo como si hubiese temido que le robasen su idea: pues entonces es como se trata de otra cosa.

—¿Contra Abd-el-Rhaman? dijo el primo.

—Llévete el diablo con esos nombres que me hacen mal en la garganta. ¿Qué quieres tú que te haga yo con tus beduinos? Es contra los leones contra los que yo preparo una expedicion.

—¿Contra los leones?

—Si, niño. Hay por aqui un Gerardo que hace una carnicería diaria, y vengo á probarle que no es él el solo provenzal capaz de matar un leon.

—¿Y ese es, dijo consternado el primo, el único motivo que te trae aqui?

—Ya lo creo. ¡Vaya una figura de mochuelo que pones! No parece sino que has errado á una liebre.

—¿Pero dónde crees encontrar leones aqui?

—¿Dónde? ¡Caramba! A tres leguas de aqui, en la *Montaña de los leones*.

—¿Estás loco? dijo el primo cada vez con mas terror..... ¿Qué voy ha hacer de este hombre?

—Y bien, dijo con angustia el cazador.

—Que aqui no hay leones, como no hay tigres en Cannes, y.....

—Ta, ta, ta, interrumpió el tío Jedda, ya sé yo por que dices eso. Has tardado mucho en formular tu respuesta, Adriano: el cariño que me tienes te hace temblar por mí. Pero tranquilízate: he visto los cosacos, los

austriacos, y toda la Europa junta, y no he temblado ¿lo oyes? delante de la boca de los cañones. Lo mismo temo yo á tus leones que á nuestras golondrinas. Tengo buen golpe de vista, pólvora bien seca, y sangre fria; y no me vuelvo sino con una piel de leon á la espalda, como Hércules, é inmortalizo á Cannes.

—Vas á renunciar inmediatamente á tu proyecto, viejo loco, ¿lo oyes? dijo el jóven con la autoridad que da la razon.

—¡Quieres que quede deshonrado! respondió el otro llorando. ¡Ah! ya lo veo: te han escrito de Cannes. ¿Y tú tambien, tú tambien eres de la conspiracion que los celos y la envidia han urdido contra mí? Pues bien, á todos os desafío yo. Yo he venido á Africa para matar leones, ¡y los mataré! necesito uno, muerto ó vivo: vosotros sois cobardes é ingratos.

El bueno de Adriano agotó toda su elocuencia para separar al tío Jedda de su resolucion. Nada omitió para hacerle renunciar á su loca expedicion, pero nada consiguió. Entonces Adriano no queriendo tomar parte en un negocio en que por todo resultado veia el ridiculo; le dió las buenas noches al tío Jedda, y se volvió á tomar el camino de Arzew.

Durante el desayuno, Carnero habia querido hacer conocimiento con la raza perruna del pais, y se habia estraviado por las calles de Oran. Adriano lo conoció, lo llamó, y el perro, creyendo que se trataba de volver á donde estaba su amo, siguió alegremente al primo hasta Arzew.

El tío Jedda se levantó de la mesa medio borracho, y en un estado terrible de exasperacion. Visitó sus municiones de guerra; metió dos balas en cada uno de los cañones de su escopeta, y despues silbó llamando á su perro.

—¡Carnero!

Carnero habia desaparecido.

—Y tú tambien, gritó el veterano granadero con una voz de trueno, y tú tambien conspiras contra mi honor! Este es un abuso de confianza, Carnero, dijo solemnemente, si llego á encontrarte mi primer descarga será para tí....

Nuestro hombre habia llegado al paroxismo de la rabia, no comprendiendo que la fuga del perro le libraba del mas grande ridiculo en que podia incurrir. ¡Cazar un leon con un perro!.... ¡Cuanto se hubieran reido los musulmanes si tuviesen genio de reirse!

El tío Jedda, queriendo hacer las cosas en grande y con seriedad, se embozó en un albornoz morisco, alquiló un caballo árabe, montó con su antigua agilidad de ligero, y despues preguntó á un indigena por la *Montaña de los Leones*.

Le indicaron la direccion de la montaña.

—¿Vais á cazar tigres? le preguntó el moro.

—¡Confúndate el infierno hablador imbécil! ¿Y dicen que los musulmanes son taciturnos?

—¡Vé á pedir un talisman Sidi-el-Hadj-el-acerbi! gritó el moro.

El tío Jedda no habia oído nada: lanzóse al galope por el camino de Arzew, y reconoció instintivamente la *montaña de los Leones*.

Era ya de noche cuando llegó.

—Bueno, dijo para sí, encontraré dormidos á los leones; no es obrar como valiente, pero ¿qué me importa una co-

bardía á mis ojos con tal de que me rehabilite á los de los demas?

El corazon del cazador daba saltos en su pecho cuando entró en la montaña. Como su sordera le impedía distinguir ruido alguno, creia siempre oír el mugido de los monstruos asustados con su aproximacion.

El frio de las tinieblas de la noche, no detuvieron un instante al intrépido cazador. Avanzó con tanta confianza y audacia como si hubiese entrado en una ciudad tomada por asalto.

De pronto divisó al pie de una sombría roca una masa enorme que andaba dando vueltas al rededor con un aire inquieto y cuyos ojos chispeaban y relucian en la sombra. Era un leon: una poderosa y redonda cabeza, una sober-

luego esperando, para hacer una demostracion amistosa, estar mas seguro de que era él.

—¡Hola! retrocedes, dijo el tio Jedda. Entonces tienes miedo: y bajó el cañon de su escopeta sobre el pobre animal.

Si el tio Jedda hubiese conocido á don Quijote se hubiera intitulado, como el héroe de Cervantes, el caballero de los Leones.

Carnero, que seguia con la vista el movimiento de su amo se lanzó hácia él ladrando.

El tio Jedda era sordo, y ademas aunque no lo hubiese sido, es dudoso que no se hubiera persuadido de no tener por un leon á su desgraciado perro, á pesar de los ladridos que éste arrojaba y repetian los ecos de la montaña.



Vista de Oran.

bia crin que hacia el viento ondear con gracia, helaba la sangre en las arterias.

El corazon del soldado palpitó de modo que parecia querer salirse del pecho. ¡Había llegado el momento supremo! Piensa, mete espuelas al caballo, y va derecho al objeto que tiene delante de él.

Algunos pasos retrospectivos. Recordarán nuestros lectores sin duda, que Adriano habia llevado consigo á Carnero sobre el camino de Arzew. El perro, despues de tres horas de andar, reconoció que el camino que seguia no le llevaba á donde estaba su amo. Se separó de Adriano, y sorprendido por la noche se dirigió y perdió desgraciadamente en la *Montaña de los Leones*. Carnero no reconoció de pronto á su amo bajo el extraño traje con que se habia vestido. Sin embargo, su admirable olfato se lo reveló despues de algunos instantes de aspiracion. Retrocedió desde

—¡Hola! ¿con qué atacas? gritó con alegría. ¡Viva la guerra!

Se echó la escopeta á la cara é hizo fuego. Las dos balas silbaron en el vacío.

—¡Maldicion! gritó el cazador; si yerro la segunda vez me levanto la tapa de los sesos.

Asustado Carnero se lanzó sobre el camino de Oran. El tio Jedda corrió á galope detrás de él, y nadie podria decir lo que pasó en el corazon de aquel hombre mientras perseguia así su sueño de sangre. Carnero corria con la rapidez del rayo, destrozando su hermosa crin, principal causa de la equivocacion de su amo, en las zarzas y espinos del camino. Atravesó así el *campo de las Higueras* cerca del gran lago salado de Lebgha: atravesó tambien la tribu de los semelas, antiguos y fieles aliados de la Francia, y entró en Oran aullando de cólera y de desespera-

ción. El tío Jedda lanzó tras él su caballo desempedrando la calle de Napoleón á los gritos de ¡el león! ¡el león! proferidos por el ginele. Llegado delante del barranco el perro no tuvo tiempo de embocar el puente que une las dos colinas de Oran: el caballo, lanzado á todo escape y no pudiendo contenerse, se precipitó en el Omed-el-Rahhi con el ginele y el perro.

Las gentes que se retiraban tarde del paseo, que asistieron al desenlace de este terrible y extraño drama, oyeron un gran grito y despues una terrible detonación. Bajaron al barranco y encontraron al cazador en pie derecho hollando triunfalmente con su planta la ensangrentada crin de Carnero, y teniendo en una de sus manos la brida del

caballo muerto del golpe. El tío Jedda se había salvado milagrosamente; pero había dicho verdad; su primera bala había sido para su perro, y le había muerto al llegar al fondo del barranco.

—¡Toma! dijo un espectador aproximando una luz y soltando una inmensa carcajada, ¿era este el león? ¡Ah, no valía la pena de meter tanto ruido! La Montaña de los Leones que ha parido un perro.

El tío Jedda dió un gran grito, uno de esos gritos con los cuales parece que se exhala el alma. Había reconocido á Carnero. Cayó desmayado en tierra, y cuando volvió en sí no salió del estado de imbecilidad en que le habían sumergido su horrible caída y su increíble burla.

RECUERDOS HISTORICOS.

LA ISLA DE MALTA.

El grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores representa la isla de Malta en el Mediterráneo, á veinte y cinco leguas al Sur de la costa de Sicilia, entre esta y Trípoli de Berbería. Su forma es oval. Su circuito de cerca de veinte leguas, su anchura de ocho, sobre cuatro de largo.

Penetremos un momento en su curiosa y variada historia.

Esta isla es muy antigua. Se halla citada en la Odisea bajo el nombre de Hyperia. Los fenicios se apoderaron de ella en 1519, antes de la era cristiana; formaron una colonia rica, poderosa.

Los griegos arrojaron de ella á los fenicios, y se establecieron en ella en 735 antes de Jesucristo. La llamaban *Melita*, ya á causa de la excelente miel que produce, ya en honor de la ninfa *Melita*, hija de Doris y de Nereo.

A su vez fueron los griegos espulsados de la isla por los cartagineses.

Los habitantes conservaron su culto. Las relaciones comerciales de esta isla tomaron un gran desarrollo bajo la dominación de los cartagineses. Su riqueza, la ventaja de su posición, tentaron la ambición de Roma.

En la primera guerra púnica, Cornelio llegó á apoderarse de ella; pero Roma no pudo sostenerse allí, y la isla no volvió á su dominación sino despues de la victoria naval de Cayo Lutacio, 242 años antes de la era cristiana.

Los cartagineses no obtuvieron la paz sino cediendo á Roma todas las islas que poseían entre el Africa y la Italia.

Los romanos daban una gran importancia á la posesión de Malta. Diéronle el título de *municipio*. Autorizaron á sus habitantes á gobernarse por sus propias leyes, y se limitaron á colocar allí un pro-pretor, dependiente del pretor de Sicilia.

Los magníficos templos que hacían el principal ornato de *Melita*, fueron restaurados y embellecidos. Los marinos los enriquecieron con sus dones. Un general de Masinisa, rey de los numidas, pasando con su escuadra á *Melita*, arrancó del templo de Juno muchos pedacitos de

marfil muy curiosos para ofrecerlos al rey; pero aquel rey se apresuró á restituirlos. Verres se apoderó de ellos en seguida, y adornó su galería.

En la división del imperio romano, la isla de Malta tocó á Constante; pero en el siglo V, los vándalos, ya dueños de la Sicilia, se apoderaron de ella. Fueron arrojados diez años despues por los godos.

La isla volvió á entrar bajo el dominio romano en 553; pero en 870, en el reinado del emperador Basilio, fué invadida por los árabes, á los que volvieron á tomársela los griegos, y treinta y cuatro años despues volvió á ser tomada por los árabes, que exterminaron á todos los griegos. Dividieron las tierras que habían poseído, y establecieron un gobierno que dependía del emir de Sicilia. Armaron el corso, é hicieron presas considerables. Los malteses se asociaron á sus peligros y á su comercio, y fueron los mejores corsarios del Mediterráneo.

Los árabes habían estrechado el recinto de la *ciudad notable* para hacer mas fácil su defensa. Habían edificado un fuerte en el sitio que hoy ocupa el castillo de Santángelo, y que protegía los navíos estacionados en el *gran puerto* durante el invierno.

Estas precauciones no impidieron á los normandos apoderarse de Malta en 1090.

Malta pasó de los normandos á los alemanes por el matrimonio de Costanza, heredera de Sicilia, con Enrique IV, hijo del emperador Barba-Roja. La destrucción del comercio, los frecuentes cambios de gobierno, las incesantes guerras de que fué teatro, habían empobrecido y despoblado á Malta. La capital no era mas que un vasto cuartel, la guarnición alemana componía toda la población. Federico II hizo trasportar á aquella isla los habitantes de Celano, en Calabria, de que se había apoderado en 1221.

Así quedó la isla setenta y dos años bajo el dominio de los emperadores de Alemania.

Cárlos de Anjou, hermano de Luis IX, y rey de Sicilia, se apoderó de Malta. Allí fué donde Procida urdió su conspiración, de que fueron terrible preludio las famosas *Visperas Sicilianas*: la Francia perdió la Sicilia; pero Malta le permaneció fiel.

Dos años despues pasó al dominio de los reyes de Aragón y de Castilla, y constituida por segunda vez en feudo,

fué sucesivamente patrimonio de un hijo natural del monarca español y de algunos favoritos.

Pronto cansados los malteses de estas frecuentes mutaciones de dueño, solicitaron en vano la reunion de Malta y de Gozo á la corona de Sicilia. Dos veces la isla y sus dependencias fueron empeñadas como garantía de un empréstito. Propusieron los malteses mismos al rey Alfonso reembolsar los treinta mil florines de que era prenda. A este precio consintió el rey en la reunion al reino de Sicilia.

El gobierno establecido por los reyes de Sicilia y de España, se componia de un consejo popular, que nombraba para todas las funciones administrativas y judiciales, á los nobles del pais, y á los principales notables de la poblacion, miembros de aquel consejo. Sometíase su aprobacion al rey. Un gefe militar era el encargado de ejecutar las leyes, dirigir la policia y defender la isla.

Tan pobres estaban los malteses, que se veia la Sicilia obligada á darles á precios módicos los artículos de primera necesidad. Malta y Gozo no pagaban al fisco real sino una contribucion de cuarenta y un ducados.

Tal era el estado político de las islas de Malta y de Gozo, cuando Carlos V, hizo donacion de ellas á la órden de caballería de San Juan de Jerusalem por acta de 24 de marzo de 1530. Este acta reserva todos los derechos de feudalismo á los reyes de Sicilia. «La cesion de las islas de Malta, Gozo y Trípoli, se hace con condicion, dice el acta, de que en lo sucesivo los caballeros las conservarán como feudos del rey de las Dos Sicilias.... sin estar obligados mas que á dar todos los años en el día de Todos los Santos un halcon, que tendrán obligacion de poner en manos del vi-rey ó presidente, por persona que enviarán con poder bastante de su parte en señal de que reconocen tener de Nos en feudo las dichas islas, mediante lo cual permanecerán exentas de cualquier otro servicio de guerra.»

El famoso corsario Dragut, se habia creado una vasta soberania de que el Africa era la capital. Aquella plaza, una de las mas fuertes, fué sitiada en 1550.

Los caballeros de Malta tuvieron la mayor parte en los riesgos y glorias de aquella expedicion. Dragut, furioso, reunió todas sus fuerzas de tierra y mar, y vino á poner sitio á Malta en 1550. Aquel sitio famoso por la obstinacion de los sitiados, ocupa un gran lugar en la historia del siglo XVI.

El deseo de vengar la afrenta de una derrota habia armado al corsario Dragut contra Malta. La misma causa atrajo catorce años mas tarde todas las fuerzas del imperio otomano allí. Pero Soliman no fué mas feliz en 1565 que Dragut en 1561.

Otro sitio mas notable por su duracion y por el heroismo de la defensa marcó el fin del siglo XVIII. La revolucion francesa habia privado á la órden de las numerosas rentas y dominios que poseia en la capital y en todas las provincias: todo habia sido confiscado. Aquellos bienes habian sido dados á la órden de San Juan de Jerusalem despues de la supresion de los Templarios y de los Antoninos, á los que pertenecian. Todas las simpatías de estos caballeros estaban por los emigrados descontentos, sus amigos y parientes: favorecieron con sus votos y con todos los medios á las potencias coligadas contra la Francia, afectando sin embargo una perfecta neutralidad.

Esperaban que la revolucion seria vencida por las fuerzas combinadas del Austria, de la Prusia, de la España,

de la Rusia, del Portugal y de los príncipes que reinaban mas allá de los Alpes: empero estos príncipes habian fracasado en sus empresas: la república francesa habia sido reconocida por ellos: la Italia habia sido privada de sus antiguos señores. El nuevo gobierno que la Francia se habia dado no habia olvidado la parte que la órden de Malta habia tomado en la coalicion. Bonaparte al ir á la expedicion de Egipto tomó al pasar á Malta. La lucha era demasiado desigual; y despues de algunos dias de negociaciones capituló el gran maestre. Bonaparte dejó en la isla una guarnicion de cuatro mil hombres á las órdenes del general Vaubois.

El ejército francés habia desembarcado el 9 de julio de 1798: la capitulacion fué firmada el 12 por la tarde. Una renta anual de treinta mil francos; una indemnizacion considerable por sus muebles, y los honores militares, se concedieron al gran maestre. La Francia se comprometia á emplear su influencia en el congreso de Rastadt para obtenerle un principado equivalente al que perdía. Se dieron pensiones á los caballeros. El comendador Rangiat fué nombrado presidente de la nueva administracion. El gran maestre y su comitiva marcharon á Trento. El 19 de julio Bonaparte se hizo á la vela para Egipto.

Los franceses permanecieron algunos años pacíficos poseedores de su nueva conquista. La Inglaterra sembró el oro y la conspiracion en los campos de la isla. Una formidable insurreccion estalló, y cinco dias despues una escuadra inglesa llegaba á Malta. Previendo el general Vaubois que iban á cortársele todas las comunicaciones, quiso primero asegurarse de la cantidad de trigo que encerraban los almacenes, y se encontró con treinta y seis mil salmos, (unos nueve mil quintales). Esto era bastante para alimentar á la guarnicion y á la poblacion entera de la isla durante siete meses.

Trató de atraer á la razon á los aldeanos extraviados; mandó sin éxito enviados para conciliar los ánimos; no siendo mas feliz en una segunda tentativa. Apenas habian vuelto los comisarios cuando una escuadra portuguesa, seguida muy pronto de catorce navios ingleses, se presentó en el puerto.

Los dos comandantes intimaron la rendicion á la plaza, á lo que se negaron los franceses.

La escuadra inglesa se retiró; y el almirante portugués que quedó solo hizo una segunda intimacion, con la amenaza de bombardear la ciudad. Se le dió la misma respuesta. Asustados un gran número de malteses con la amenaza del almirante portugués, pidieron al general Vaubois permiso de abandonar la ciudad, y lo obtuvieron.

La insurreccion de las gentes del campo se hallaba combinada con un movimiento organizado en Malta. Debían obrar simultáneamente los insurgentes con los conjurados del interior. El sigilo del complot fué muy bien guardado: solo la casualidad lo hizo descubrir.

Habiéndose dado la alarma se arrestaron treinta y cuatro personas. Toda la conjuracion fué revelada por uno de los prisioneros, que obtuvo su perdon en premio de sus declaraciones.

Los conjurados fueron arrestados, juzgados por una comision especial, y condenados á muerte.

Se hallaba la plaza tan estrechamente bloqueada, que el ejército francés no tenia noticias del exterior, ni aun del

interior de la isla. Este bloqueo comenzado en 1798, se prolongó hasta 1800!

La guarnición diezmada por el hambre y las enfermedades soportaba con heroica resignación todo género de privaciones: no tenía paga ni vestido.

El gobierno consular, siguió fiel á las condiciones de la capitulación consentida en nombre del Directorio en 1798, y la diplomacia francesa no se limitó á reclamar para la orden de Malta una compensación del principado que había perdido, sino el reintegro de la orden en la posesión soberana de las islas de Malta, de Gozo y de Connino, para ser

el emperador de Rusia Pablo I aceptó el título de protector de la orden; tomó el título de gran maestre el 29 de noviembre de 1798; creó un nuevo priorato ruso del rito griego, al que dió estatutos semejantes á los del gran priorato católico ruso, dotándolo magníficamente.

El 4.º de enero de 1799 el pabellón de la orden de San Juan se enarboló en el ángulo derecho de los bastiones de almirantazgo de San Petersburgo. Los caballeros dieron grande importancia á este alto patrocinio: esperaban su pronto reintegro en el principado maltés.

Cincuenta y siete años hace que la bandera de San Juan



Vista de la isla de Malta.

mantenida en las mismas condiciones con que los había poseído antes de la guerra. Estos fueron los términos del tratado de Amiens. Tratados posteriores han confirmado las primeras convicciones; pero la Inglaterra que se había comprometido á devolver aquel principado á sus antiguos poseedores, ha persistido hasta hoy guardando esta propiedad.

Cuando la orden de Malta se halló sin domicilio fijo,

flota sobre el edificio del almirantazgo ruso: la Inglaterra ha plantado su bandera sobre las murallas de Malta desde el 2 de setiembre de 1800.

¿Quién podrá decir cuándo será reemplazada la una por la otra?.....

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.